

el punto de pasar a ser un libro olvidado casi por entero: una sola edición española en el siglo XVIII; otra en el XIX. Menéndez Pelayo la reimprime, podemos decir que con carácter de exhumación erudita, en el tomo II de los *Orígenes de la novela*. Como en la reciente edición nacional de las obras de Menéndez Pelayo figuran sólo los estudios del maestro, pero no los textos antiguos que él reeditó, la *Diana* había llegado a ser un libro prácticamente inaccesible para el gran público. El Sr. López Estrada ha hecho, pues, un meritorio servicio a las letras poniéndola al alcance de todos. El texto de Montemayor ha sido bastante bien tratado por sus editores; las variantes son pocas y, en general, es fácil restaurar la lectura correcta. En cambio, son numerosas las interpolaciones posteriores, como corresponde al carácter de "libro abierto", apto para ser añadido y continuado, que acertadamente subraya López Estrada en las producciones de los géneros pastoril y picaresco. El texto de la edición que comentamos se basa en la edición de Barcelona, 1561, primera de fecha conocida entre las antiguas, y anota al pie de las páginas las variantes que mejoran la lectura, indicando cuidadosamente su procedencia en todos los casos.

Las dificultades léxicas que la *Diana* puede ofrecer para el lector moderno son escasas. Por esto las notas concernientes al lenguaje son más bien de carácter gramatical o estilístico, y señalan ciertos matices ligeramente arcaizantes o lusitanos que de vez en cuando asoman en la prosa musical del autor portugués. Otras notas están destinadas a aclarar alusiones contemporáneas o autobiográficas y a relacionar la novela con las obras de Ausías March (que Montemayor tradujo en parte), León Hebreo, Bandello y algunos escritores más, que unas veces pueden calificarse de fuentes de trozos determinados, pero que con más frecuencia son reminiscencias que se traslucen en la expresión. Es de alabar la sobriedad con que las notas están redactadas.

En el prólogo se utilizan exhaustivamente los estudios publicados acerca de Montemayor y su obra más importante, tanto en lo biográfico como en lo interpretativo, a los cuales López Estrada añade no pocos puntos de vista personales en el análisis interno de la novela. La información que el lector adquiere en estas páginas preliminares se completa con una extensa bibliografía, mucho más copiosa y elaborada que las conocidas hasta ahora.

SAMUEL GILI GAYA

Madrid.

FERNANDO DE HERRERA, *Rimas inéditas*. Editadas por José Manuel Blecua. Madrid, 1948, 254 págs.

Sin hipérbole puede calificarse de acontecimiento para la historia de la poesía española la publicación de este libro. Será éste uno de los servicios más señalados que debemos a la constante actividad literaria de José Manuel Blecua, y más aún cuando al volumen que aquí comentamos siga el estudio que nos anuncia sobre la obra total del divino Herrera. Con excepción casi única de Gallardo, el manuscrito que ahora se publica había pasado inadvertido para los críticos, que apenas disponían de más textos que la edición hecha por el propio Herrera, en 1582, de algunas de sus obras, y de la que, después de la muerte del autor, imprimió en Sevilla (1619) el pintor y poeta Francisco Pacheco, reuniendo en un tomo las poesías que pudo allegar para subsanar en lo posible la pérdida total de los papeles de Herrera. La colección que ha redescubierto y editado Blecua es de 1578, y por consiguiente la más antigua que se conoce. Contiene 130 poemas, muchos más que la edición hecha por el mismo Herrera cinco años después. Entre ellos, 46 son rigurosamente inéditos;

los demás contienen en su mayoría variantes de tal importancia, que pueden ser considerados como versiones distintas. El cotejo de los dos textos impresos con el que ofrece el manuscrito dará ocasión para conocer a fondo los procedimientos estilísticos del poeta sevillano. Sabido es que Herrera corregía escrupulosa y reiteradamente sus escritos, y que a menudo arrinconaba poemas que no llegaban a satisfacerle plenamente. Blecua ensaya en su *Introducción* el cotejo de variantes, a manera de orientación general que habrá de servirle después para el estudio completo que nos anuncia.

Las numerosas poesías inéditas que ahora podemos leer, aunque no nos muestren un Herrera distinto del que ya conocíamos, subrayan la nota lírica transida de resonancias neoplatónicas, acentúan los matices de su íntima pasión por la condesa de Gelves, y nos ofrecen la novedad de sus églogas desconocidas hasta el presente. Sonetos, canciones, elegías, églogas y poemas en estancias, amplían la importancia y matizan la calidad de su lirismo profundo, y reducen a su debida proporción el tono heroico más o menos enfático de las odas, que, acaso por haber permanecido ignorada una buena parte de su obra poética, asumían para muchos críticos el carácter más representativo de la inspiración herreriana, y con ella los rasgos que se definían como dominantes entre los poetas andaluces. Agradecemos al señor Blecua el goce que nos ha proporcionado con la lectura de tantos y tan bellos poemas inéditos, y esperemos el estudio que ha de seguir a su publicación.

SAMUEL GILI GAYA

Madrid.